

210

La apuesta del
funámbulo*
Ana Lydia veqa

MANOLO NÚÑEZ NEGRÓN.

El oficio del vértigo.

SAN JUAN, PUBLICACIONES

PUERTORRIQUEÑAS, 2010.



RECIENTEMENTE, UNOS AMIGOS SE QUEJABAN de las presentaciones de libros. Decían que, aparte del vino, la picadera y la eventual buena compañía, en realidad, son tremenda pejiquera. Por curiosidad, pregunté el motivo de un veredicto tan severo. Esto es lo que respondieron.

“La mayoría de los presentadores habla hasta por los codos, pero no dice gran cosa. Para cumplir con el compromiso sin tener que dar una opinión, se dedican a fabricar teorías complicadísimas que ni el mismo autor entiende. Y uno sale de las librerías tal y como entró: sin perra idea del contenido del libro ni mucho menos de su calidad”.

Cuestión de rematar el espinoso tema, mis amigos refunfuñones añadieron una razón de peso: “La calle está demasiado dura como para uno invertir un billete en un libro malo.”

Tranquilos, estimados oyentes, parientes y dolientes reunidos en la catedral de La Tertulia para este bautizo. Por aquello de que “en guerra avisada no muere gente”, sepan que tengo toda la intención de opinar. De paso, intentaré darles una idea general de la propuesta de esta colección de cuentos. Y prometo solemnemente no contarles los finales.

Antes que nada, pongo mis cartas sobre la mesa. No se trata de teorías complicadas de ésas que detestan mis amigos. Por el contrario, la receta es muy sencilla. Para mí, la buena literatura tiene que tener tres ingredientes fundamentales: armonía de conjunto, seguridad de expresión y poder de sugestión. Explico.

El encanto de una obra literaria puede residir en cualesquiera de sus diversos aspectos: en el ritmo narrativo, en la pericia descriptiva, en la música del lenguaje, en la belleza de las imágenes, en la fascinación de la trama, en la vivacidad de los personajes, en la originalidad de la visión... Si la obra posee algunos de esos atributos, se dirá, en justicia, que tiene “partes buenas”.

Pero, si es un trabajo realmente logrado, esos aspectos se habrán fusionado para producir, no una sensación fragmentada de componentes aislados, sino una impresión de totalidad pulida y terminada. Eso es lo que llamo armonía de conjunto.

El segundo ingrediente, la seguridad de expresión, tiene que ver con el estilo. Para que un texto cautive, el instrumento de la lengua debe estar cabalmente afinado. Su manejo deficiente rompe la magia de la recepción. Los desatinos gramaticales, las discordancias de tono, las fórmulas trilladas, el rebuscamiento excesivo - y tantos otros tropiezos conscientes o inconscientes de la pluma - pueden desconectar al lector. Por eso el buen libro invita a la lectura y no a la reescritura. Sostiene de cabo a rabo la impresión de que se han dicho las cosas de una manera única e irrevocable.

El poder de sugestión es el más determinante de los tres ingredientes. No se alcanza si no están presentes los otros dos, pero la sola presencia de ellos no basta para garantizarlo. Es algo mucho más misterioso: un aroma hechizante que permanece después de la lectura, una resonancia obsesiva que se aloja en la imaginación. Como el criminal que imprime sus huellas en la escena del crimen, así la obra sugestiva dejará las suyas en la mente del lector.

Creo que, con ese pequeño preámbulo, ustedes entenderán muy bien lo que quiero decir cuando afirmo que *El oficio del vértigo* me ha parecido un buen libro. En él convergen felizmente los tres ingredientes. La armonía de conjunto consolida la unidad del texto. La fluidez del estilo confirma la seguridad expresiva. Y el carisma evocativo del mundo inventado afina su poder de sugestión.

Opinatum est. O, como dicen los honorables dietistas de la legislatura, estoy en récord. Y ahora, comparto con ustedes una breve reflexión en torno a la estructura del libro y su intrigante título: *El oficio del vértigo*.

Según el diccionario de la Real Academia, “oficio” puede designar una ocupación habitual, un cargo o ministerio, la profesión de algún arte, la función propia de alguna cosa y hasta las solemnidades de la liturgia religiosa.

Todo oficio requiere conocimiento, orden, costumbre y esmero. Por eso se dice de alguien que manifiesta gran dominio en el ejercicio de una destreza, que “tiene oficio”, es decir, que su excelencia es el fruto del trabajo metódico, continuo y dedicado.

Reuniendo dos de los sentidos principales de la palabra, podría decirse que el virtuosismo es la conversión del oficio en ceremonia. Así sucede en el quehacer artístico, por lo que no extraña que algunos de los personajes de estos cuentos sean artistas del espectáculo, del deporte o del circo. Otros no lo son, pero una cierta manía perfeccionista transforma sus ocupaciones y obsesiones en artes de mucho oficio: las artes defensivas y ofensivas de la sobrevivencia. Así pues, el oficio cobra una importancia central en el libro: es el lente a través del cual se filtra, se observa y se calibra lo vivido.

Ateniéndome siempre al diccionario, me topo con los siguientes significados para la palabra “vértigo”: trastorno del equilibrio, sensación de inseguridad o miedo desde una elevación, apresuramiento anormal de la actividad, turbación repentina del juicio.

Las definiciones de “vértigo” —que cubren lo físico, lo psicológico y lo social— desembocan todas en la noción de desequilibrio. El vértigo real, ése que nos hace sentir y temer un resbalón cuando miramos hacia el precipicio, se extiende, en el sentido figurado, a la turbulencia emocional, a esa especie de ebriedad experimentada individual o colectivamente en momentos críticos de la existencia. Los tres tipos de vértigo —el del cuerpo, el del espíritu y el de la sociedad— ocupan un lugar privilegiado en este libro, regido por el balanceo entre la altura y el abismo, entre el mareo y la caída.

Pero ahí no acaba el asunto. En un sesudo prólogo que, para curarse en salud, ha preferido llamar monólogo, el propio autor se declara acróbata. Un acróbata, desde luego, es alguien cuyo oficio consiste en resistir la atracción mortal del vacío. Así, se nos advierte de entrada que no sólo los personajes se verán afectados por el frenesí del vértigo, sino también su creador.

Identificados los dos polos del título, considero las posibles relaciones entre ambos. Relaciones conflictivas, por lo que veo. Hay un contraste radical entre la disciplina que requiere el dominio de un oficio y la naturaleza perturbadora del vértigo, que impide el sosiego y conspira contra la estabilidad.

Entonces, ¿qué demonios es eso de un “oficio del vértigo”? ¿No se excluyen mutuamente los dos términos? Pues no, parece contestar el autor, no hay tal contradicción. Los cuentos se ocuparán de probar que todo oficio está sujeto a la irresistible seducción del vértigo y —lo que resulta más asombroso— que ni el propio vértigo está exento de las reglas y los rituales del oficio.

A estas alturas, ya es evidente que estamos ante el concepto organizador de la obra. Como si no bastara con el aviso del título, como si no bastara con haberse cantado acróbata en su prólogo-monólogo, el autor separa los relatos en tres partes que nombra con metáforas relativas al oficio del equilibrio: “Maromas sin red”, “Saltos al vacío” y “Días de circo”. Queda así subrayada, a todo lo ancho del volumen, la interacción constante entre sus elementos orgánicos, adelantados desde la portada.

A continuación —y para que después no vayan a decir que se fueron sin saber de qué trataba el libro— un rápido paseo por cada una de las tres partes aludidas a fin de asomarlos a su paisaje interior.

En “Maromas sin red”, la desgracia es narrada con minuciosa objetividad y, en ocasiones, con distancia irónica: una espectadora disfruta el morbo de un accidente, una ciudad reproduce la crueldad de una tradición, una cantante paga el precio del éxito, un tren conduce a sus pasajeros a un paradero siniestro, una patinadora dibuja sobre el hielo su última danza... El vértigo cobra aquí la fuerza de la fatalidad. Tan extraño y elegante es el desapego afectivo

de algunas de las voces que relatan este desfile de truculencias que, mediante su narración, la tragedia accede al plano de la experiencia estética.

La segunda parte, “Saltos al vacío”, tiene el carácter ceremonial de los preparativos para el ejercicio de un oficio vital o mortífero. Se ponen en escena seis viñetas, casi todas enmarcadas en la actualidad periodística: el desempleo, el asesinato, la prostitución, la guerra, el atentado terrorista... En estas estampas apretadísimas, algunas de las cuales se acercan al poema en prosa, los personajes quedan como congelados en sus poses, suspendidos en una pausa anticipatoria tras la cual acecha siempre la tentación incontestable del vértigo.

“Días de circo”, la parte final, tiene por escenario un pueblo peligrosamente parecido a un tal San Sebastián del Pepino. En un ambiente a la vez festivo y decadente, los personajes se enfrentan a decisiones y eventos sorprendentes que tienen la capacidad de alterar sus vidas. El vértigo (religioso, pasional, político, histórico) los empuja hacia su destino: una beata encuentra una muerte eclesial, un combatiente nacionalista se juega la vida a la baraja, un bolíero corteja a un maniquí, un alcalde pretende borrar la memoria, un esposo fiel combate el olvido...

En estos relatos de cierre, aflora un tono más lírico y más íntimo que en los imperturbables reportajes de “Maromas sin red” o en las contenidas instantáneas de “Saltos al vacío”. Es como si el narrador se apiadara de esas criaturas atrapadas en sus anhelos, sus frustraciones y sus soledades. La mirada compasiva ahonda la dimensión humana de un escenario que no por provinciano resulta menos universal.

Quisiera cerrar este comentario regresando al título del libro. *El oficio del vértigo* es, ante todo y sobre todo, el oficio de la escritura, el rigor artístico que lucha por sobreponerse al torbellino de la creación. La violencia del universo plasmado en estas páginas es contada con un estilo terso y sereno. La ambientación - tan cuidadosamente elaborada - planta un enclave de belleza en el mismo corazón de la vorágine.

Manolo Núñez Negrón, alias el acróbata, logra aquí una pirueta de avezado equilibrismo literario. El funámbulo de la palabra demuestra, a través del dominio conceptual y formal, que se puede ordenar el caos y domesticar el desenfreno. En ese sentido, éste, su primer libro, proclama con brío y con aplomo el triunfo del oficio sobre el vértigo.

NOTA

* El libro fue presentado en la librería La Tertulia en Río Piedras el 25 de febrero de 2010.